



ERRORES NO FORZADOS

POR TOMÁS GUENDELMAN BEDRACK

Issa Kort, un experto en medir riesgos, no llevó esta cultura a su propia existencia. En términos tenísticos, esto constituye un clásico "error no forzado".

A mediados de los '60, cuando me iniciaba como profesor de estructuras, destinaba largas horas a la preparación de mis clases. Me exigía una muy detallada y fundamentada consistencia analítica, la que se manifestaba en un mar de complejas ecuaciones. Por si eso fuera poco, preparaba un arsenal de respuestas frente a eventuales preguntas de los alumnos. Sin embargo, la verdadera clase me la hacía a mí mismo a la salida. Renegaba de muchas formas en que me había expresado y registraba en un cuaderno, junto a los apuntes que había preparado, las notas correctivas que habían surgido en esta suerte de "reflujo pedagógico".

Hoy, cuando ya llevo cuarenta y cinco años de profesión, conjuntamente con el alejamiento de mis actividades docentes, he empezado a "desvestirme" del rigor analítico de mi juventud, para hablar y escribir de lo que quiero, en un lenguaje cualitativo. Desde luego que esta afirmación es relativa, pues en algunos ambientes no me permitirían tamaño libertinaje, pero el espacio que se me ha concedido en esta revista no tiene restricciones y me deja volar como un pájaro. Algunas veces me refiero a los escasos temas que domino, pero predominan las contribuciones desenfadadas, que la generosidad

del Director ha permitido que se concreten.

Definido así el marco de referencia, me permitiré en esta ocasión, analizar dos acontecimientos muy disímiles, pero que tienen un común denominador: "errores no forzados".

El primero de ellos guarda relación con la partida inesperada de mi amigo, colega y "primo hermano", Issa Kort, que una vez más pone de manifiesto cómo el vertiginoso paso del tiempo no nos permite apreciar la velocidad con que se va, sino solamente ser testigos de que ya se ha ido. Navegamos en una embarcación pequeña amarrada a una mayor, que nos lleva adonde quiere, sin que atinemos a desprendernos oportunamente. Hoy, cuando se ha ido Issa, he querido soltar amarras, aunque sea por un rato.

Issa falleció en febrero pasado, provocando dolor y sorpresa en todos sus colegas, familiares y amigos. Las muestras de afecto de que fue objeto durante sus servicios fúnebres dan cuenta de la huella profunda que produjo su paso por la vida. En los años en la escuela lo conocí superficialmente, pero más adelante compartimos muchos momentos en su oficina, en el espacio que en esos años le cedían Santiago Arias, Mario Recordón y Alberto Sartori,

en Seminario al llegar a Bilbao. Ahí quedaron largas horas dedicadas al trabajo, pero no pocas a saborear los exquisitos platos de la comida árabe y de la judía occidental y oriental, según quien fuera el anfitrión y quien el huésped.

Issa usaba un lenguaje directo y sencillo, sin alardes de erudición. Sin embargo, tras esa apariencia modesta, casi humilde, se encerraba un individuo de grandes y auténticas cualidades humanas y personales. Su biblioteca y colección de obras de arte son de un valor inmenso. En todos sus viajes destinaba importantes recursos de tiempo y dinero a adquirir libros y esculturas de gran tamaño, las que acumulaba en sus dos chalet contiguos, que le servían de morada, oficina, biblioteca y museo.

Su bondad y generosidad no tenían límites: visitaba casi todos los años a sus familiares en Belén, y en Chile, ayudaba económicamente y participaba en los directorios de numerosas instituciones religiosas y de beneficencia de la comunidad palestina residente, quienes en su despedida, lo llenaron de alabanzas y reconocimientos.

Nuestra amistad y empatía no nos permitió jamás comprender por qué los factores que eran capaces de acercarnos, no tenían el peso necesario para contrarrestar a los que

nos separaban. Ahora puedo decir: "Issa, nos faltó tiempo".

Asumida ya la pérdida, es legítimo que nos preguntemos si esta partida prematura era evitable, y la respuesta es afirmativa: Issa no siguió una rutina de cuidado de su salud acorde con el riesgo implícito proveniente de su estilo de vida, lo que no se compadece con el rigor de su acción profesional, donde sumando experiencia, conocimientos y pragmatismo, proporcionaba bases de seguridad para las estructuras que se apoyaban en los suelos que él estudiaba. Es decir, un experto en medir riesgos, no llevó esta cultura a su propia existencia. En términos tenísticos, esto constituye un clásico "error no forzado".

El caso de Issa es bastante generalizado. Es frecuente observar un desequilibrio similar en individuos que, cuando se trata de resolver un problema de su especialidad, actúan de manera muy diferente a como lo hacen frente a uno de su propia existencia. Yo mismo debo reconocer que cometo muchos errores no forzados, aunque generalmente acierto uno que otro "winner", producto de algún oportuno "cargó de conciencia".

Aunque desde un punto de vista racional la inconsistencia en el rigor con que se actúa para combatir distintos desafíos que nos presenta la vida sea absurda, encuentra explicación en el terreno emocional, que puede mandarnos mensajes que nublan nuestra acción. El heroísmo absurdo, la reacción instintiva de la defensa propia cuando las posibilidades de éxito son escasas, la pérdida de control, entre tantas otras manifestaciones emocionales, son ejemplos que podemos repetir una y otra vez, salvo que tengamos una

lección dura en la vida que nos haga lanzar un "cable a tierra".

Lo que puedo comprender -aunque no compartir- en el caso de los seres humanos, no resiste el menor análisis si lo llevamos al mundo de las iniciativas impersonales. Recuerdo que a raíz de una seguidilla de terremotos en el mundo en el año 1999, que se inició con el de Izmit en Turquía, se desató un cierto temor público de que pudiéramos estar expuestos a un terremoto en nuestro territorio. Varios sismólogos e ingenieros fuimos invitados a diversos programas televisivos para referirnos al tema, concluyendo este periplo con una citación a la Comisión de Vivienda de la Cámara de Diputados. En aquella oportunidad, Rodolfo Saragoni destinó algunos minutos a hablar del peligro sísmico en Arica, lugar en el que se registraba un "hueco sísmico" del orden de cien años. Esto causó la irritación de una diputada de la Región, quien incluso amenazó a Rodolfo con instalar una demanda en su contra porque con sus afirmaciones estaba provocando un daño irreparable al turismo de la zona. Rodolfo, muy en su "italian style", le dijo: "Señora Diputada, demándeme cuando quiera, pero le advierto que si se produce un terremoto importante en su Región, no va a poder viajar por tierra". La demanda no se materializó.

Me pregunto: ¿Cómo es posible que, siendo un hecho cierto que cada siete años, aproximadamente, se producirá un sismo importante en algún lugar de nuestro territorio, no tengamos el más mínimo interés en incrementar nuestra cultura sísmica? ¿Cómo podemos autorizar la construcción de edificios en lugares costeros, a pocos metros de la playa, en circunstancias que un terremoto del

pasado, seguido de un maremoto, depositó a más de mil metros tierra adentro a embarcaciones de buen tamaño que flotaban pacíficamente en sus costas?

Una vez que se produce el evento, todos hablan de "tragedia" o de "catástrofe", se realizan campañas de solidaridad, se acopian bienes de abrigo y de alimentación, se crea una movilización general y se designa a altas autoridades para coordinar en terreno las labores de ayuda, pero después de algunos años de ocurrida la "catástrofe", las casas semidestruidas continúan en ese estado y sus moradores vuelvan a ellas porque "no hay otra" o porque "la madre tierra tira".

Hasta ahí lo emocional; pero en el terreno racional, no se pone atajo al problema al no prosperar las innumerables solicitudes de cabal instrumentación del territorio o de modificación de los planos reguladores, con el objeto de prohibir el emplazamiento humano en lugares especialmente vulnerables. A veces se legisla apropiadamente, pero se carece de medios para realizar una efectiva fiscalización de construcciones "piratas", generalmente asociadas a autoconstrucción.

Hoy vivimos el tema del Volcán Chaitén, algo distinto, pero no tanto como para pensar que no sea una "catástrofe anunciada". No profundizaré por ahora en este tema, pues la herida está aún abierta, pero lo retomaré más adelante cuando, supongo, cesarán los miedos y tendrá lugar el olvido. Por ahora, tan sólo decir que en la medida en que sigamos cometiendo "errores no forzados", seguiremos hablando de catástrofes o lamentando la partida prematura de seres muy queridos. 📍